



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9144

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rent rue Cuminartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Cerca de Puerta de Toledo)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.....	40.937.980
Total.....	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

SABADO 23 DE ABRIL DE 1892

ECOS DE MADRID

21 de Abril de 1892.

Ya han aparecido las lilas que anuncian en Madrid la llegada definitiva de la Primavera. Con esas flores tan poéticas ha coincidido la mejoría del tiempo á pesar de los anuncios de astrónomos que por lo regular no se equivocan. Todo hace creer que en cuanto pase el fatídico 1.º de Mayo, y los ánimos, algo asustados, se tranquilicen disfrutaremos de la agradable temperatura y de los placeres campestres que suele brindar el mes de las flores. Falta hace esta expansión, porque con las noticias que nos comunican los diarios acerca de los proyectos de destrucción y exterminio que abrigan los que acuden para convencernos de la bondad de sus ideas á la elocuencia de la dinamita, vivimos en un estado de zozobra y temor que no es nada apropiado para disfrutar de buena salud.

A pesar de todo no se pierde el buen humor, lo que demuestra que nos vamos acostumbrando á vivir sobre el volcán, que constituye el argumento temebundo de los oradores algo anticuados. Buena prueba de ello es el originalísimo concurso que ha abierto la distinguida sociedad recreativa la Gran Peña para premiar los peores cuadros y las más ineptas esculturas presentadas por sus socios que en su inmensa mayoría son militares. Las obras que han concurrido á los premios ofrecidos, no menos originales que el concurso, han ofrecido un verdadero derroche de ingenio y de gracia. La exhibición ha servido de pretexto para que las damas más selectas y bellas de la buena sociedad madrileña hayan visitado el Paraíso de los hombres solos, proporcionando todo esto regocijo y satisfacción á todos los que han contribuido á la humorística fiesta que seguramente se repetirá.

Los teatros se esfuerzan en complacer al público y están muy concurridos. El de Lara va á hacer una excelente campaña de Primavera. El sainete de Luceño «Las recomendaciones» ha alcanzado un éxito franco y no habrá quien no acu-

da á recrearse en los cuadros que con admirable naturalidad é ingenioso gracejo pueñen de relieve lo que son las recomendaciones en nuestro delicioso país. Una semi-comedia, semi-opereta francesa que en París alcanzó hace años gran boga, la «Femme á papa», ha sido arrojada al castellano y representada en el mismo teatro de Lara con probabilidades de durar mucho tiempo en el cartel.

Mientras la crítica discute sobre si deben respetarse ó destruirse los antiguos moldes, el público procura divertirse con lo que le ofrecen no sin desear las innovaciones y reformas que se imponen, si la literatura dramática ha de ser algo más que un pasatiempo.

Un espectáculo desconocido entre nosotros llevó al teatro de la Comedia á lo más distinguido de la sociedad madrileña la noche en que inauguró sus tareas la compañía mimica que actúa en dicho coliseo. Se trataba de la representación de un melodrama con música pero sin letra y fácilmente se comprende que el espectáculo no haya agradado á nuestro público. Por preciosa que sea la música, y lo es; por hábiles y expresivos que sean los actores, y lo son... ¿qué español de pura raza es capaz de pasar cuatro horas viendo moverse y accionar á los personajes sin decir esta boca es mía? Las representaciones continúan; pero en cuanto la curiosidad se satisfaga, el público adoptando el mismo procedimiento mimico, en vez de detenerse en el despacho de billetes de la Comedia seguirá hasta el del Español para admirar el nuevo drama de Guimerá que va á estrenarse en breve ó se irá al elegante coliseo de la Princesa, donde anoche volvieron á aparecer «Las vengadoras» de Sellés, algo modificadas, ganando el pleito que perdieron hace ocho años por no estar el público bien preparado entonces para recibir su visita.

Considerado con justicia Sellés como uno de los primeros autores dramáticos contemporáneos, no hay para qué decir que su obra poseo en alto grado los méritos suficientes para figurar en primera línea. El fin de esta creación no puede ser más moral; y aunque los argumen-

tos resultan crudos y de un naturalismo que subleva hay que reconocer que defiende una buena causa. La crítica asegura que las vengadoras que presenta el autor, no se conocen, tal como las pinta, en nuestro país donde no hay línea que separe como en París al «grand monde» del «demi-monde». Ann no he visto la refundición y no puedo emitir mi parecer. Pero la verdad es que aquí esas desgraciadas no forman una clase especial. Brotan como plantas venenosas en todas las clases, pero en último término y cualquiera que sea la condición de la mujer que arrastra al hombre á que falta á sus deberes, que arruina su salud ó dilapida su fortuna, el resultado es que esas miserables vengadoras á la mujer honrada de las infidelidades de sus maridos.

De todos modos el teatro de la Princesa reuñirá mientras represente el drama de Sellés al público madrileño más inteligente y la crítica tributará entusiastas elogios al autor de «Las vengadoras» que dicho sea de paso debía ofrecernos más á menudo las creaciones de su genio.

JULIO NOMBELA.

COLABORACIÓN INÉDITA.

¡¡Gran suceso!!
¡¡SORPRENDENTE DEBUT!!

Así rezaban los inmensos cartelones anunciando el acontecimiento de por la noche en «La Estrella», mezcla lúbrica de café cantante sevillano y café-concert parisiense...

—A las diez de la noche el humo pestilente del mal tabaco, los mecheros de gas no muy abundantes, el aliento cálido de centenares de personas, formaba un todo de neblina que emborronaba el cuadro de la sala: cuadro formado por hombres y mujeres sentados aquí y allá, en butacas, en sillas rotas, alrededor de mesas poco limpias, en todas partes, estrujándose, apiñándose, unos con la boca abierta por extinguidas y sonoras carcajadas; absortos otros en misteriosos pensamientos, enseñando ellos las mandíbulas fuertes y huesosas, los ojos vidriados y la carne mórbida de la tensión crapulosa; mostrando ellas el mate barniz del vicio, como el soldado polvoriento el banderín ennegrecido por la pólvora de la batalla.

—Habrá un antropólogo señalado en aquellas cabezas bien distintas irradiaciones de la escala presidial; un psicólogo cerraría los ojos en el hartazgo de la carne; un moralista ruborizarse viendo rotos los cauces por donde marchan tranquila y mansamente las corrientes de la vida honrada...

Circundando la parte alta del salón de herradura de «La Estrella», extendiase una tribuna repleta de carne vomitada por el lupanar. Destacaban entre la masa informe, algunas cabezas juveniles de tez rosada y fresca, pero en aquellas caras de gris mortecino, dominaba el color apagado, desahogado, mate...

—La atmósfera era mortífera. Abajo en la sala y arriba en la tribuna, la savia vital debía consumirse, como el fresco follaje del bosque se seca en los estivales días en que la tierra arde y refulmra el astro solar con luz que ciega. El repugnante olor de la muchedumbre estaba cargado de las emanaciones del almizcle: la cabeza se mareaba, caían los músculos en perezosa laxitud y el desmadejamiento del ocio señoreábase del espíritu provocando náuseas.

La algarazara continuaba imponente. El piropeo canallesco, el sonido argentino de la moneda chocando en el mármol de la mesa, la carcajada sensual y resonante, los pasos precipitados del camarero, el ruido de copas y botellas, el bostezo, las tos, los gritos estentóreos... formaba un concierto ensordecedor, mareante, brutal, diabólico...

Aquella noche... ¡gran suceso! Debütaba en «La Estrella» la que lo era del arte flamenco.

La fama de Salud González, había llegado á todos sitios en alas de la leyenda y la admiración. Referíase que á Salud habíala ofrecido fortunas indianas Nabats ingleses, príncipes rusos y banqueros yankees, todos rechazados, quien dice que por la irremediable tristeza que la conatuna, juntamente con el tumor aneurismático; quien lo atribuía á orgullo de una raza ferozmente enemiga de los burgueses, quien en suma, hallaba la razón en el vehemente deseo de Salud González de conservarse pura en aquella fermentación de crápula, al igual de la pasionaria en el barro de la huerta.

El público comenzaba á impacientarse; devorábase el ansia de ver á Salud. Pondéban los unos su naturaleza espléndida, otros sus negros ojos, otros las curvas de sus contornos, otros su gitano embeleso.

Quién aseguraba ser su voz algo como perlas cayendo en cascada magnífica sobre oro cincelado; quien afirmaba tener su gentileza toques de aristocrático donaire; quien rodeaba á Salud de todas las perfecciones del espíritu y la materia en maravilloso hermanamiento.

—En aquella universal interrogación las impacencias se fundían en una vehemente ansiedad, alimentada por la risotada de la prostituta y la palabrota soez y truanesca.

Al fin la orquesta,—una orquesta desmedrada y manca—inió un arpeggio disonante y los violines exhalaban chillonas quejas; notas locas, vagando en una instrumentación desquiciada.

—Acabó la música y sonaron palmadas irónicas y prodigioso fuerte alboroto. La sala se hinchó en un resoplido de satisfacción gruesa. Pasaron algunos minutos, sonó una campanilla y levantaron el telón. Pudo verse el escenario, un escenario mezquino ocupado por «tocaos» con guitarra y «bailaoras» con las castañuelas clásicas, el mantón de Manila y los brazos al aire...

Se hizo el silencio. Rasgaron las cuerdas manos hábiles, cantaron unas tras otras aquellas mujeres haciendo contorsiones provocativas con las caderas y moviendo el cuerpo en compases suaves, tardos; el público, á cada movimiento excedido, á cada ondulación de la voz, lanzaba ¡olé! entusiastas y aplaudía con indecible regocijo.

Señalaron los «tocaos» un compás de espera, sentáronse las «bailaoras» sudorosas y jadeantes, miraron todos al lado derecho del escenario, y comprendiendo el público que llegaba el anhelado instante, se recogió en un silencio de templo...

Por el lado derecho del escenario apareció Salud González.

Traía la falda larga, el rico mantón de Manila de largo fleco y preciosos bordados flojamente echado por los hombros y recogido por los brazos, las manos en las caderas; bien puesta la cabeza sobre un cuello blanquísimo. Desprendíase de todo el cuerpo tal distinción, que más parecía Salud una señora de rango disfrazada de chula por extraño capricho...

—El público sufrió una tremenda decepción.

Pensó hallar la hembra de rompe y rasga y encontraba una niña de 20 años, de cuerpo fino, blanca como la nieve de la montaña, de pelo negro como el ala del cuervo, delicada como flor de estufa...

ah! sino hubiera sido por aquellos ojos negros, brillantes como luminarias que sonreían plácidamente en una bienandanza llena de encantos, habríase creído á Salud enferma, anémica, viviendo á impulsos de una leve brisa de vida. Y así era; Salud González por auxiliar á su pobre madre, ciega, se exhibía aun estando enferma, muy enferma.

Su blanca dentadura engarzábase en casi tan blancas encías; sus labios descoloridos, los síncope que la acometían frecuentemente; aquella tos entrecortada que hacía pensar á Salud en la tisis; la respiración difícil; la opresión del pecho; el pecho que parecía á ratos querer acelerar el viaje á la fosa; el ruido morbooso que le salía de muy hondo, como el ruido de la mina; el estertor crepitante de su pecho; todos los síntomas, en fin, perfectamente marcados de la próxima rotura orgánica, hacían cruzar sombras por la blanca frente de Salud, coronada de ondulante cabellera negra...

El público se mostró frío. Aquello no era un Hospital, aunque bien podía considerársele como la antesala; la empresa había dado la «castaña»; Salud era una tísica que salía á lucir un armazón de huesos.

—¡Que me traigan ese esqueleto para estudiarlo!—dijo un estudiante de medicina ingerto en desbravador de caballos.

—¡Que la pongan entre algodón en rama!

—Doben meterla en un frasco de alcohol,—exclamó otro,—eso es un feto de mujer. Y rieron la gracia unos cuantos sinvergüenzas.

—A ver,—gritó un chulo lleno de cicatrices no producidas ciertamente por enemigos en guerrera lid;—mozo, que se lleven á esa niña á la botica de enfrente y que le propinen un poco de aceite de hígado de bacalao... Arriba y abajo la impresión fue desastrosa. Salud tuvo en «La Estrella» su Ayacucho. Allí se querían reactivos fuertes. Si aquella gente hubiera afinado sus gustos en la cultura del arte habría rechazado la música italiana y proclamado á Wagner su ídolo.

Toscas y brutales sus aficiones exigían solo la brasa junto á la carne. Las civías que queman, no las tiernas delicadezas de una organización espiritual... Todavía se logró dominar la tempestad al sonar las guitarras. «La cantaora» dijo la primera nota. Cantaba una conocidísima canción matizada por Salud González con ternura conmovedora.

«Dos besos tengo en el alma... la voz dominó el ruido. Una voz fina, penetrante, dulcísima, que hablaba de penas y congojas...

«Dos besos tengo en el alma» que no se apartan de mí.» Salud se imponía. La bestia sensualizada y apoplética, mostraba asombro...

—Aquella enferma no encendía; refrescaba con placenteras emociones el espíritu. «El último de mi madre» y «el primero que te di.» Un aplauso abortó al estallar.

—No! no! que se callen esos!—vociferaban algunos elevando las copas en actitud amenazadora.

—Si! si!—bramaban otros levantándose.

Salud, con los ojos abiertos como los de una niña ante su primer adorno de mujer, parecía extrañada por las diversas gaturales manifestaciones. Su palidez era más densa; su actitud más abatida; su respiración difícil; allí en el fondo de su pecho se percibían ecos de su corazón—como los de la voz humana en la garganta de los montes... Debía sufrir hondamente.

Sonaron de nuevo las guitarras, alzó los brazos y comenzó á bailar pausadamente moviendo el cuerpo en pudorosos rítmicos movimientos, rodeando á su cabeza los brazos que culebreaban descri-